

ct

No habrá próxima entrega

de
Eva Mir

(fragmento)

INT. MADRID. UBER - NOCHE

RADIO (V.O.)

¿Buscas casa? ¿Vendes o alquilas la tuya? ¿Quieres compartir? Métete en Idealista, el portal inmobiliario líder.

ELENA

Apoyo mi cabeza en el cristal y miro nostálgica por la ventana. Este momento indie-melodramático lo había imaginado con otra banda sonora...

RADIO (V.O.)

(otro anuncio, sin tregua)

"A ver esa foto... decid patata". "HI-JO-LU-SA". "¿Cómo?" Es que decir "patata", es decir "hijolusa". Marcas como: "La huerta de Doña Rogelia", "La granja de José Luis", "Patatas Premium" o "Patatas Baby para microondas", todas ellas "Patatas Hijolusa": patatas de la mejor calidad.

ELENA

La locución se va perdiendo debido a la mala cobertura a la entrada del túnel de la M-30. ¿Por qué coño se mete a la M-30? El conductor del Uber gira la rueda de la radio. Acabamos escuchando Radio María; la frecuencia modulada de Dios no tiene rival.

(al conductor)

¿Perdone? ¿No era más rápido por O'Donnell? "Estaba cortado el acceso. Me avisa el GPS. Nos avisa automáticamente", me aclara el conductor.

(al conductor)

Ah, vale. Pero creo que había una forma de no salirse: dando la vuelta en la Plaza del Doctor Laguna y saliendo por Antonio Arias hasta la Calle Ibiza. Desde ahí ya se vuelve a Menéndez Pelayo. "Nos avisa automáticamente", insiste el conductor. Bien. El trayecto sigue, y lo que eran diez minutos desde la estación se me hace más largo que el viaje Valencia-Madrid del que acabo de llegar.

Me sublevo contra la omnipotencia de Sor Luisa y activo el bluetooth de mis auriculares. Contra todo pronóstico, no busco en Spotify "Estados de ánimo – Canciones tristes", que incluye todo el repertorio de El Canto del Loco y Yann Tiersen. Aunque vuelvo de presenciar un funeral y su posterior crematorio, yo, de las pocas adictas al rock ochentero supervivientes en mi entorno, necesito un poco de reggaetón.

El espacio del Uber se derrite y ELENA transita hacia otro no-lugar. El ritmo latino se mantiene durante las siguientes escenas, como una atmósfera.

INT. VALENCIA. TANATORIO. BAÑO - DÍA

ELENA, sentada en el váter, escribe algo en su móvil.

ELENA

Mi abuela paterna, la última en mi familia de esa generación que se apaga, había fallecido sin previo aviso, dos años después que mi abuelo, confirmando aquello de que uno puede morir de pena. "Tu tía quiere que escribas algo, de parte de todos los nietos", me dice mi padre en cuanto llego esa mañana al tanatorio de Valencia desde Madrid. "Papá, soy diseñadora, tener una asignatura de dibujo en algún punto de la carrera no me convierte en la artista de la familia", pienso, pero no se lo digo. Así que aprovecho el pis que llevo aguantándome las cuatro horas y media de autobús para escribir mi gran elegía en el archivo de notas de Keep Google.

MEGAFONÍA

Familiares y amigos de Nela Feliu, acudan a la sala 11 para proceder a su despedida.

ELENA

Como si de una cajera del Mercadona se tratara, la megafonía tiñe de urgencia mi texto, que concluyo como puede concluirse un adiós.

Me subo los vaqueros y el botón no abrocha, como si hubiera engullido kilos de las lágrimas que no he aprendido a echar.

INT. VALENCIA. TANATORIO. SALA 11 – DÍA

ELENA accede a la sala de crematorio. Blanca, aséptica, atea.

ELENA

"¿No había otra hora?", pregunta mi madre cuando le digo que mi bus sale de vuelta a Madrid esa misma tarde. Me defiende con la de siempre: "tengo mucho trabajo, mamá". Qué verosímil sonaría ese mantra si de verdad alguien me pagara por hacer algo de lo que ahora hago realmente para que alguien me acabe pagando y entonces ya pueda decir que sí, que tengo mucho trabajo, mamá.

Un hilo musical de Enya empieza a reproducirse en la sala. El reggaeton de los auriculares de ELENA se mantiene como telón de fondo.

ELENA

Yo soy la única de la familia que no presenciara cómo las cenizas de mi abuela se vierten -ilegalmente por cierto- en el río donde siempre veraneábamos y donde descansaba mi abuelo. Elena, la primera que siempre desaparece. Elena, la que nos visita dos veces al año. Elena, la que terminó por empadronarse en la capital. "Elena, te toca", dice mi padre recordando que llega mi momento estelar en ese escenario que es de todo menos un altar.

ELENA avanza.

ELENA

Una cola de primos, algunos tan lejanos que no les he visto en la vida, me siguen por el pasillo hasta el micrófono. "Mi cuerpo de bailarines", pienso. Llegamos hasta el atril y, por primera vez, miro hacia atrás. Nela Feliu, por suerte, tiene la puerta de su nuevo hogar cerrada y no presencia ese espectáculo kitsch.

Desbloqueo mi smartphone y espero unos segundos por si alguien se decide a bajarle el volumen a

Enya. No sucede. Así que me arranco y siento que la barriga se me hincha cada vez más, y más, y más...:

(al micro)

"Mi padre repite mucho estos días que mis abuelos no tenían nada. De su nada yo heredo "El abuelo", de Galdós, una edición que obliga a tratarlo con más tacto que a un recién nacido, envuelto en esos plásticos que envuelven las cosas valiosas. Es entonces, al recibir mi herencia, cuando recuerdo que mi abuela era la mejor contadora de historias y él, mi abuelo, su perfecto escuchador..."

El hilo musical de Enya se ve interrumpido por un corte de publicidad.

ELENA

El negocio de los muertos, el que bajo ningún concepto se irá a pique, no tiene para pagar una cuenta de Spotify Premium. La sala 11 entera se mira y me mira como si yo tuviera algún tipo de superpoder para resolver la situación.

ELENA avanza volviendo al espacio de la escena 1.

ELENA

Por fin, la voz estridente de publicidad termina y voy a retomar la lectura de mi necrológica cuando...

La melodía relajante y mística de Enya no vuelve y, en sustitución, se escucha en alto el reggaeton de ELENA, que corta el flashback y nos devuelve a:

INT. MADRID. UBER - NOCHE

La nueva canción despierta a ELENA de la breve cabezada que estaba dando.

ELENA

Casi veinticuatro horas despierta con una cabezada de la duración de un tema de Danny Romero. Nos acercamos al portal de mi casa.

A este enésimo piso de alquiler he decidido llamarlo casa. Quizás lo hizo más casa dejar de compartir. Quizás solo fueron las velas de IKEA aroma vainilla. Mientras el Uber recorre los últimos metros hago un repaso: Alarma a las siete y media, revisar portfolio, incluir los últimos carteles que hice for free para mis colegas músicos y los planos de autoCAD de proyectos que invento mientras espero a que algún día alguien me los pida. 2020 va a ser tu año, Elena. Cuando el Uber frena y recuerdo que el cobro se efectúa a la cuenta que tengo asociada a la App, solo rezo porque el paseo por la M-30 haya salido por menos de 13,35€. "Que pases una buena noche", me regala el conductor en una frase demasiado construida. "Gracias", le contesto mientras abro la puerta y caigo en que lo que se dice en estas ocasiones es "igualmente". Cuando la cierro, sigo escuchando a mi espalda la voz del conductor, con mucha claridad: "a veces el trayecto más rápido no te lleva donde quieres ir". Flipa. Poco sueño y mucho reggaeton, pienso, y ni siquiera me molesto en girarme.

ELENA entra a su CASA.